

UNO

Acontecimientos extraños ocurrían en Oakville, y esta vez estaba decididamente convencido –bastante, al menos– de que yo no tenía nada que ver con ellos. En el televisor silenciado, ubicado sobre la mesada de la cocina, los titulares de las noticias del domingo por la mañana decían:

Otra misteriosa partida

Finn se encontraba sentado junto a mí, aún sudado a causa de la maratón de *Kung Fu* que habíamos llevado a cabo la noche anterior. Lanzó un copo de cereal por el aire, el cual rebotó contra la alacena y la televisión, antes de caer en el extremo derecho del fregadero.

–¡Tanto! –exclamó Finn con entusiasmo.

Intenté imitar su maniobra, pero el mío no acertó en el blanco, sino que dio detrás de la tostadora. La coordinación óculo-manual jamás había sido mi fuerte... por el contrario, la coordinación *pie-vista*, si es que existe algo semejante, era una historia completamente distinta. Debido al bombardeo de los alimentos durante desayuno, la expresión severa del rostro del presentador de noticias se tornaba todavía más ridícula.

–Espero que mantengas un registro del paradero de los cereales, Parker –dijo mamá desde la puerta.

Finn tosió suavemente y se incorporó en la silla, sonriendo por encima de sus hombros para lucir inocente, hazaña que probablemente hubiera sido más sencilla si su camiseta no hubiese llevado la inscripción *Si nos persiguen los zombies, te haré tropezar*.

–Muy fácil. Algunos de los míos se encuentran detrás de la tostadora y todos los de Finn, en el fregadero. No te preocupes, los voy a limpiar –repuse sin dirigir la mirada hacia ella.

Al pasar junto a mí, me besó la coronilla y siguió su camino para tomar el control remoto.

–Eso es todo lo que quería escuchar.

Presionó el botón del volumen con su uña pintada de rojo, y la voz de Bradley Kent se hizo cada vez más fuerte hasta resonar suavemente en la silenciosa sala contigua. Segundos después, tomó una manzana y comenzó a cortarla en rodajas.

–...mente lo más curioso es el hecho de que, pese a aparecer en las cámaras de seguridad, el señor Jameson asegura que no recuerda haber agotado los fondos de su caja de ahorro y que no sabe en dónde se encuentra el dinero. La policía está investigando si existe, en cualquier caso, alguna evidencia de suplantación o robo de identidad.

Cuando irrumpió la pausa publicitaria, mi madre volvió a silenciar el aparato. Durante las últimas semanas, no era la primera vez que oíamos historias estrafalarias en las noticias. Varias personas habían despertado en diferentes partes de la ciudad con los bolsillos repletos de dinero, y otras habían atacado a individuos mientras dormían. Unos días atrás, una familia entera había desaparecido de la noche a la mañana. Aunque las autoridades consideraban la posibilidad de que se hubieran marchado debido a una emergencia familiar o algo parecido, a mí me resultaba demasiado extraño ya que habían dejado todo atrás, incluyendo calzados, mascotas y vehículos. Además, un testigo los había visto caminando en pijamas en medio de la noche.

La situación iba más allá del habitual sonambulismo y empezaba a preocuparme.

–Finn, tu vuelo es hoy, ¿cierto? –preguntó mamá con una sonrisa, luego de menear la cabeza ante las noticias.

Mi amigo engulló una enorme cucharada de cereales antes de responder.

–Así es.

–¿Ya has visitado Disney World?

–No.

–¿Por qué no aguardaron hasta las vacaciones para viajar? –preguntó mientras revisaba una pila de correspondencia.

–Consiguieron un precio promocional por ser temporada baja. De otra manera, hubiera costado el doble. Al menos esa fue la explicación de papá.

Dejó caer la cuchara dentro del cuenco de cereales y me observó antes de fijar la vista en la encimera de color verde oscuro que se encontraba frente a él. Acercó una mano a su oreja derecha y jaló de ella, gesto que repetía cada vez que su cerebro amenazaba con incendiarse debido a un razonamiento excesivo. Sabía muy bien lo que estaba pensando; la misma preocupación que los invadía hacía un mes a él, a su hermana Addie y a nuestra amiga Mia Green... ¿Cómo resistiría *yo* siete días enteros sin ellos?

Más concretamente, ¿podría subsistir siete días sin la posibilidad de descansar en los sueños de Mia?

Antes de conocerla, apenas había logrado sobrevivir viendo de los sueños de otras personas, lo cual equivalía a que no descansara verdaderamente. Mi condición de Observador, como suelo denominarla, se había convertido, por momentos, en una auténtica pesadilla. La autohipnosis a la que se sometía Mia para poder dormir hacía que mis sueños fueran calmos y apacibles, al menos cuando lograba mantener a raya sus horribles pesadillas. Definitivamente, no me agrada-ría experimentar una semana sin sus fabulosos sueños; sin embargo, tampoco sería tan malo.

Y si seguía repitiéndolo, tal vez se haría realidad.

–Vamos a necesitar los consejos de tu padre para nuestras próximas vacaciones –mamá me observó con detenimiento hasta que levanté la vista, y luego ladeó la cabeza hacia Finn, quien continuaba mirando la mesada. A continuación, ella alzó las cejas y, como mi respuesta fue simplemente encogerme de hombros, lanzó una rodaja de manzana dentro de su boca, y colocó el resto en una bolsa. Por último, tomó su bolso.

–Bueno, me voy a trabajar –se despidió, dándole una palmada en la espalda a Finn y apretando levemente mi hombro–. Se divertirán mucho, Finn, te lo aseguro. Y no te preocupes por Parker. Me encargaré de que sobreviva esta semana sin ti.

La puerta de la cochera se cerró tras ella. Finn apartó el cuenco vacío de cereales hacia un lado y se frotó el rostro con las manos, dejando escapar quejas casi imperceptibles.

–¿Estás seguro de que no le contaste que estuviste al borde de la muerte hace un par de meses a causa de la falta de sueño? Porque no eligió las mejores palabras.

–No le comenté nada. Necesitas calmarte –no quería volver a discutir ese tema. Su partida no era algo opcional. Intenté mantener la voz suave–. Vas de vacaciones a Florida, la tierra del sol y las bikinis. ¿No deberías estar más entusiasmado?

–¡Oh, por supuesto! –dejó caer sus manos y esbozó una amplia sonrisa–. Al diablo tu salud, entonces. Jamás regresaremos.

–¡Esa es la actitud! –exclamé riendo.

Mi amigo me imitó; no obstante, su risa se asemejaba más a un gemido.

Mientras buscaba algunos cereales extraviados con ayuda de la cuchara, hablé con rapidez para no dar rienda suelta a mi propia inquietud.

–Fuera de broma, ¿no crees que Addie y Mia se han preocupado lo suficiente por nosotros?

–Lo que sea. Si Mia no hubiera enmudecido... Si yo no me hubiera asfixiado...

La voz de Finn se fue apagando y ninguno de los dos emitió otro sonido. Yo permanecí en silencio, estupefacto. Desde que habíamos perdido el campeonato de fútbol dos semanas atrás, él no había mencionado su fracaso. A diferencia de sus padres y de Addie, a mí no me gustaba presionarlo para que hablara. No podía culparlo por no querer evocar el último tiempo de un partido decisivo, durante el cual no había logrado atajar ni un solo gol. Nos habían masacrado.

Pese a todo, nadie lo culpaba, ya que nuestra temporada había sido deficiente desde el inicio y había concluido como una broma de mal gusto, que, además, había circulado por todo el estado. Incluso algunos integrantes de nuestra línea ofensiva no se habían presentado al partido final. La tribuna carecía de gente y las porristas pasaban la mayor parte del tiempo llorando en lugar de estar animando. Supongo que eso es lo que ocurre cuando se juega una semana después de que el mariscal de campo, presidente de clase, estrella del equipo y extraordinario psicópata Jeff Sparks intentara prender fuego a varios alumnos y a la escuela.

Finn, Mia y yo habíamos sobrevivido. Sin embargo, no podíamos decir lo mismo de Jeff. Finalmente, nos había demostrado a Mia y a mí mismo que él era quien le había enviado los escalofrantes mensajes y no yo. Habíamos sanado, al menos en la superficie.

Pensábamos que la temporada de fútbol no podía ser peor que todo eso, ¿cierto? Así es, pero había sido bastante mala. Intentamos aunar fuerzas, consiguiendo los triunfos que necesitábamos para el desempate, pero no formábamos el mismo equipo que antes.

Yo jamás volvería a ser la misma persona y, aparentemente, Finn tampoco.

Mi amigo se puso de pie, caminó hasta el fregadero y, antes de alzar la vista hacia mí, enjuagó el cuenco y lo colocó en el lavavajillas.

–No viajaríamos a Florida si mi madre no creyera que todo se puede resolver con Mickey Mouse.

–Tal vez tenga razón –revolví mis cereales sin devolverle la mirada.

–Eso solo ocurre cuando tienes cinco años.

–No lo refutes si aún no lo has intentado.

De pronto, llamaron a la puerta. Finn se incorporó rápidamente y se acomodó el cabello, lo cual significaba que Mia era quien lo pasaba a buscar. Él jamás me lo había confesado, pero era bastante evidente que le gustaba.

Toda la situación me resultaba extraña. Los padres de Mia habían muerto en un incendio y, desde entonces, ella había vivido con familias adoptivas. Luego de que Jeff, su hermano adoptivo, nos atacara en la escuela durante el receso de otoño, el programa de familias sustitutas le había buscado un nuevo hogar. Los Patricks, padres de Addie y Finn, aceptaron la oferta con entusiasmo. Todo parecía ideal, ya que Mia estaba feliz junto a aquella estupenda familia. No obstante, pasado un mes, Finn comenzó a actuar de manera distinta cuando estaba cerca de ella.

Considero que tener en tu casa a la chica que te gusta puede ser verdaderamente fabuloso o sumamente incómodo. A juzgar por la cantidad de tiempo que mi amigo había pasado en mi casa los últimos meses, él debía inclinarse por la segunda opción.

Al abrir la puerta, Mia y Addie dejaron de susurrar.

–Puedo volver a cerrar, si así lo prefieren –me apoyé sobre el batién de la entrada y sonreí–. Sin embargo, para futuras ocasiones, les aconsejo que no toquen el timbre si no están listas para que alguien responda.

–Buenos días a ti también –dijo Mia mientras me abrazaba rápidamente, balanceando su coleta frente a mi rostro y haciéndome balbucear, antes de ingresar a la cocina y dejarnos solos con Addie en la entrada.

Por un instante, permanecí observándola. Todavía me resultaba difícil acostumbrarme a que no se asustara cada vez que me veía. Y a pesar de que no lo demostraba, yo sabía, gracias a sus sueños, que no le era fácil adaptarse a la idea de que yo no era su enemigo.

Los cabellos castaños de Addie se sacudieron con la brisa. Lucía alegre y despreocupada, como de costumbre. Sus ojos color miel estudiaban el espacio que nos separaba. Yo ansiaba ver la gama oscura y dorada en ellos, aunque sabía muy bien que no me revelarían sus sentimientos a menos que ella quisiera expresarlos; siempre había sido la persona más difícil de descifrar.

Durante los últimos meses, solo la había visto feliz cuando Finn había aprendido a tocar el ukelele para cantarle el *Feliz cumpleaños*. Él había actuado de manera extremadamente divertida, y ella no dejaba de reír. Pese a que Addie había cumplido dieciséis años la semana anterior a San Valentín, no habíamos podido celebrar ninguno de los eventos de la forma que deseábamos, es decir, *juntos*.

Extendí mi brazo y tomé su mano, anhelando una sonrisa como respuesta; no obstante, su rostro únicamente reflejaba preocupación.

–No, por favor –expresé suavemente–. Todo saldrá bien.

–Para que no se repita el accidente, debes mantener el control –enroscó sus dedos alrededor de los míos y simuló no advertir que giré hacia la cocina para asegurarme de que Finn no estuviera mirando en nuestra dirección.

Aún no había logrado confesarle a mi amigo lo que Addie y yo sentíamos el uno por el otro y, con sus recientes problemas en el campeonato de fútbol, no sabía cuándo me atrevería a hacerlo.

Mientras observaba fijamente mi mano, Addie continuó enumerando las cosas a las que no debería volver a exponerme.

–No más alucinaciones ni accidentes automovilísticos. Tampoco quiero regresar de las vacaciones y encontrarte en el hospital.

–Lo sé, lo...

–Pero lo más importante es –interrumpió presionando mis dedos y alzando la vista hacia mí, reflejándome, por una vez, el dolor que sentía cada vez que mencionábamos el día en que Jeff nos había atacado– que no desaparezcas ni escapes, dejándome sola con una estúpida nota.

Sus palabras, cual anclas sobre mis hombros, me ataban a ella más de lo que podría hacerlo una verdadera cuerda. Sin embargo, ambos sabíamos muy bien –en ese momento y las veces que me lo había pedido previamente– que no podría prometerle algo semejante, ya que, si tuviera que huir para mantener a salvo a mis amigos, volvería hacerlo sin dudar. ¿Qué podía decirle? Cualquier respuesta sería una mentira o, en todo caso, lo opuesto a lo que ella desearía escuchar.

Por lo tanto, sin decir nada, la conduje fuera de la entrada y la abracé con todas mis fuerzas. Permanecimos bajo la cálida brisa primaveral mientras yo disfrutaba del aroma a cítricos que emanaba de su cabello. Ella respiró hondo tres veces antes de relajarse contra mí, gracias a lo que pude sentir el calor de sus manos contra mi espalda.

–¿Por qué todo tiene que ser tan difícil entre nosotros? –preguntó en un susurro, exhalando contra mi cuello.

–Ya lo resolveré. Dame un poco de tiempo.

Esas palabras sonaban vacías incluso para mí. Le repetía lo mismo hacía meses, sin hacer progreso alguno. Mi intención no era evadir el asunto; no obstante, Finn había dejado muy en claro, en repetidas oportunidades, lo mal que le parecía que alguien saliera con su hermana, especialmente si se trataba de sus amigos. Y con todo lo que había ocurrido durante el último año, no habíamos podido hallar una solución.

–Vamos –me dijo lanzando un suspiro y retrocediendo, mientras introducía las manos en los bolsillos de sus jeans. El espacio que nos

separaba me hacía sentir más frío del que debería, a pesar de estar bajo la luz del sol—. Necesitamos hablar con los demás.

La seguí hasta la cocina en silencio. No tenía nada más para decir. Nuestra relación, si es que podía llamarse así, era demasiado complicada. Para ser más exactos, si a la complicación le agregáramos quince libras de confusión y mierda revuelta, nos acercaríamos a lo que realmente era. Mantenerla en secreto nos había traído problemas y, por otro lado, tampoco ayudaba mucho que mi vida dependiera de pasar la mayor parte de mis noches en los sueños de otra chica. Sin embargo, me sentía más seguro que nunca con respecto a Addie y no sabía cómo pondría en orden la situación.

Apenas ingresamos a la casa, se volvió hacia mí.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

Me rasqué el codo mientras Finn apagaba la televisión y giraba en la banqueta de bar. Todos me observaban, expectantes, pero si deseaban una respuesta, debían ser más específicos.

—¿A qué te refieres con *plan*?

—Bueno, ¿podrías mirarme a los ojos ahora y no mirar a nadie más hasta mi regreso? —expresó Mia, acomodándose contra la mesada y cruzando los brazos.

—No —respiré hondo y meneé la cabeza—. Esa sería la opción más simple, pero no funcionaría después de la primera noche. Desde mi internación en el hospital, mi madre ha estado... muy atenta. Cada vez que me habla, me mira fijo y, si no le devuelvo la mirada, me pregunta con insistencia qué es lo que me ocurre. Tendría que evitarla por completo a lo largo de toda la semana, lo cual no sería bueno ya que, últimamente, ha comenzado a relajarse. Debo lidiar con ello hasta que regresen. De todas formas, ya lo he hecho antes.

Mia frunció el ceño, pero no objetó nada, y como me pareció que Finn y Addie sí lo harían, mantuve la atención en ella

–¿Quién será tu respaldo cuando nosotros no estemos? ¿Quién me reemplazará? ¿Acaso has pensando en eso? –me preguntó Mia.

–Ayer por la noche pensé que podríamos intentar hacer una video conferencia antes de irnos a dormir –dije encogiéndome de hombros y advirtiéndole que Finn y Addie se relajaban ante aquella posible solución–. Quiero decir, solo si quieres.

–Por supuesto que sí –respondió Mia inmediatamente, sin siquiera reflexionarlo.

–Muchas gracias.

Las palabras no eran suficientes; no obstante, ella comprendía lo que significaba su gran ayuda para mí. Literalmente, era cuestión de vida o muerte. Mia me salvaba la vida todos los días. Aquellas dos palabras jamás alcanzarían para expresar mi profunda gratitud.

–¿Crees que eso podría funcionar? Tal vez, deberíamos probarlo antes... –Addie lucía pensativa.

–No tengo idea, pero vale la pena intentarlo –me encogí de hombros–. Pensé en hacer una prueba ayer por la noche, pero si no resultaba, hubiera pasado una noche más sin dormir. Además, ustedes *tienen* que ir, no pueden decidir no hacerlo. Si fracasa, fracasa. Yo estaré bien. Los sueños de mi madre no me ayudan como los de Mia, pero son seguros y aburridos. Definitivamente, ella es mi plan B.

–Creo que es la mejor opción, ya que tus otras tres alternativas no estarán aquí –asintió Finn.

–Pareciera que fuéramos concursantes de un programa de juegos o algo así –dijo Mia virando sus ojos hacia arriba y haciendo una mueca con la boca.

–¡Estupendo! ¿Qué clase de programa, exactamente? –preguntó Finn, esbozando una amplia sonrisa.

Antes de que Mia abriera su boca, la interrumpí para evitar que mi amigo descarrilara la conversación aun más.

–De todos modos, estaré bien.

Intenté no pensar en que, durante el último mes, mi madre había salido tres veces con mi profesor de Física, el señor Nelson. También hice a un lado las risas de la noche anterior, cuando la llamó por teléfono. Yo estaba muy feliz por ella, pero deseaba que el tipo no apareciera mañana en sus sueños... ni en los próximos cinco días.

Tiempo atrás, había aprendido que hay algunas imágenes que no se borran de la mente por más que uno intente olvidarlas con mucha fuerza.

Mia se aclaró la garganta y no dejó de mirarme a lo largo del incómodo silencio que predominó segundos después. Sabía que todos continuarían preocupándose por mí, independientemente del plan que tuviéramos, pero Mia comprendía mejor el riesgo que corría de quedar atrapado en los sueños equivocados. Por mucho tiempo, sus pesadillas habían sido un infierno para ambos.

Incluso ahora, pese a que sus noches malas eran definitivamente más escasas, cuando aparecían, ella sufría demasiado el recuerdo de la muerte de sus padres, y yo, la falta de descanso. Además, había aparecido una nueva pesadilla recurrente, en la cual evocaba la noche en que Jeff nos había atacado. No creía que se la hubiera contado a Addie o a Finn y, por lo tanto, yo tampoco la mencionaría.

En los siete meses que habían pasado desde que nos habíamos conocido, con Mia habíamos sobrevivido a numerosas pesadillas, tanto en la realidad como dentro de su cabeza. En cierta forma, nuestra amistad era reciente y tenue, pero, en otros aspectos, habíamos sobrellevado juntos más de lo que cualquier otro vínculo podría. A eso se le sumaba que ambos sabíamos que ella era quien me mantenía vivo, lo cual brindaba unicidad a nuestra relación.

–Entonces... ¿por qué no miramos televisión? –sugirió Mia cambiando de tema, luego de hacerme un gesto compasivo con los ojos.

–¿A qué hora tienen que regresar a su hogar? –pregunté al observar el reloj del microondas-. ¿Necesitan preparar las maletas u organizar algo antes de viajar al planeta mágico?

Esta vez los tres me fulminaron con la mirada: Mia porque ambos sabíamos que había utilizado ese nombre a propósito; Finn porque ambos sabíamos que él no quería ir; y Addie... realmente no estaba seguro del porqué. Podría enumerar una lista de razones y ninguna sería la correcta.

Me sentí aliviado cuando sonó el teléfono de Finn y lo atendió protestando.

–¿Sí? –cerró los ojos e hizo una mueca-. Lo siento, mamá. Quise decir “hola”.

–Bueno, estamos en camino. Enseguida nos vemos –agregó luego de otro momento de silencio.

–Eso responde mi pregunta –dije mientras Finn se ponía de pie.

Addie dejó que Mia y Finn se encaminaran hacia la puerta, y me dio un fuerte apretón en la mano. No era mucho, pero esos momentos furtivos eran todo lo que teníamos por el momento y, por más fugaces que fueran, ayudaban bastante. Acaricié su mano hasta que mi amigo abrió la puerta delantera.

Una vez en la entrada, todos centraron su atención en mí.

–¡Diviértanse, muchachos! –fingí sonreír y me esforcé por ignorar sus miradas inquietas-. Háganme un favor y tráiganme una de esas orejas de ratón... Estoy planeando mi disfraz de Halloween.

–Cuídate mucho y avísame a qué hora quieres probar la video llamada –Mia esbozó una sonrisa, asegurándose de mirarme a los ojos antes de partir hacia el auto.

–Lo haré.

Poniendo su mano derecha sobre la espalda de Addie y la izquierda sobre la de Finn, los conduje fuera de la casa. Mi amigo murmuró todo

el camino hacia el coche, pero luego se golpeó el pecho con el puño y me lanzó uno de sus extraños saludos antes de que Mia encendiera su camioneta púrpura y los alejara de allí. Parecía ser la única entusiasmada con el viaje. Addie permaneció observando fijamente el asiento de Mia.

Me pesaba la inmensa tristeza que expresaba su mirada y deseaba que, a su regreso, volviera a ser la que era antes. Su chispa se había dissipado y no podía evitar creer que había sido yo quien la había hecho desaparecer.

Florida no iba a ser tan “mágica” como le gustaría a la señora Patrick pero, después de lo que habíamos experimentado ese año, mis mejores amigos merecían unas largas vacaciones alejados de mí.